

¿POR QUÉ NO NOS CAMBIAN LOS EJERCICIOS?

Carlos R. Cabarrús

¿Por qué no nos cambian los Ejercicios?

El sentido de esta Comunicación es tomar en serio cierta inquietud que a veces nos acecha. ¿Por qué razón hacemos Ejercicios y las cosas siguen igual? ¿Por qué motivo sale uno de Ejercicios prácticamente como entra? ¿Se pone, por tanto, en cuestión la eficacia de este método ignaciano o son otros elementos los que deben colocarse en tela de juicio?

Vamos a ir analizando diversos aspectos, dejándonos interpelar, hasta llegar a la conclusión que nos parece más certera.

¿Que son los Ejercicios?

Los Ejercicios son una metodología, son un camino de presentación del Evangelio destacando ciertos dinamismos, haciendo énfasis en aspectos concretos o puntuales. Por tanto su eficacia -cuando la tienen- dice relación a la fuerza del mismo Evangelio. El problema, por tanto, es ¿por qué no somos mejores cristianos?

Los Ejercicios son una escuela de oración, con

una metodología muy elaborada en base a: puntos, modos de orar, examen y discernimiento. Una oración que debería estar orientada toda ella a la vida, a la tarea por realizar dentro del marco del Reino, desde la perspectiva del pedir incesantemente "ser puestos" con el Hijo que carga su cruz. Los Ejercicios nos pueden hacer caminar hasta descubrir cuál es la estrategia de la vida cristiana: la activa pasividad; dejarse llevar, pedir ser puestos con Jesús. Es precisamente en esta táctica donde estaría el éxito de unos Ejercicios. Pero ¿es que ciertamente escuchamos esas exigencias en el texto ignaciano o nos contentamos con dulcificaciones o traducciones sin mordiente? ¿Cómo hemos agitado el texto?

Hacer Ejercicios es emprender un peregrinaje en la búsqueda de la voluntad de Dios, en la senda para lograr una libertad interior que me haga disponible como primer paso, para luego convertirme en un apasionado por el Reino y por el seguimiento de Jesús. Esta disponibilidad sería una condición del buen término de los Ejercicios Espirituales. ¿Con cuánta disposición de ser cuestionados entramos a Ejercicios?

En general, como su mismo nombre lo sugiere, los Ejercicios hacen alusión a un entrenamiento parecido al que se le puede dar al cuerpo. Así los define San Ignacio al comienzo (EE. 1). Es un entrenamiento que pretende invertir la afirmación "**como me comporto en la vida me comporto en la oración**", para dar paso, al final de la larga preparación al siguiente postulado: "**como me comporte en la oración me podré comportar en la vida**". ¿La falta de compromiso de los Ejercicios viene sólo al salir de ellos, o ya se ve presente en la misma reacción a las gracias en los momentos de oración? Quizás habría que aprender a vincular más las mociones de Dios con los pequeños actos de historización de todas esas gracias recibidas. De allí que el examen diario en la vida ordi-

naria es un método indispensable de contrachequeo: ¿cómo se convierte en realidad tangible lo que se me ha sugerido nacer en la oración? ¿Cuánto énfasis ponemos en el examen, ese ejercicio diario de discernimiento?

Presupuestos teológicos de los Ejercicios

Dios tiene un proyecto para cada uno de nosotros; una voluntad concreta, que es lo mejor para mí y la mejor manera de servir a mi pueblo. A cada uno nos nace irrepitibles, esto aun en niveles biológicos... Hay un plan para cada persona que está lista para ser atendida. Todas las vocaciones, reales, proféticas y sacerdotales, en el Antiguo Testamento, tienen la razón de ser y de obrar exclusivamente en el servicio del pueblo de Dios. Aun respetando la personalidad de los individuos, Dios los ordena a la salvación de su pueblo. Pablo vivía esta vocación personal con absoluta certeza (1 Cor 15,10), vocación que se le convertía en enorme responsabilidad: ¡pobre de mí si no evangelizara! (1 Cor 9,16). Pues bien, los Ejercicios sólo facilitan el descubrimiento de este proyecto, de esta llamada por nuestro nombre que nos hace el Señor. Hay cosas -tareas- que no puedo estar poniendo siempre en tela de juicio, pero sí la manera de realizarlas, el talante, el uso de los medios, etc. ¿Qué es lo que de ordinario llevo a analizar, a orar a Ejercicios?

El sueño de Dios para mí se me revela por medio de mediaciones históricas, humanas... temporales y geográficas. Hay lugares privilegiados para el encuentro con Dios. El silencio y la oración apartada -según el mismo Jesús nos dió ejemplo- son espacios propicios para la relación cariñosa y demandante con el Padre. Aunque ciertamente Jesús está en el dolor de los empobrecidos y de los que sufren, con todo, no puede obviarse el momento individual del encuentro con El mismo, como persona, en los climas propios

donde El nos enseñó a orar. De allí que los Ejercicios tengan mucho de la vivencia de **desierto**. Desierto, con todo, es desnudez, es crisis, es juicio.

Pero la búsqueda de la voluntad de Dios, en la atmósfera de desierto no se hace fácilmente. Se encuadra en coordenadas de lucha y de combate, como el mismo Jesús nos enseñó. El Señor y el espíritu de este mundo traban batalla por conquistarme. ¿Cuánto hemos asimilado, en verdad, que los Ejercicios, como la vida misma son una lucha? ¿No entro a Ejercicios con una concepción simplista de la vida del espíritu? ¿No le hemos restado bastante influjo al espíritu de este mundo, a su capacidad de seducir?

Es verdad que siempre podemos encontrar al Señor y su voluntad, pero hay también momentos privilegiados. Los Ejercicios son un tiempo de gracia, son un **kairós** para quienes los realizan. Los Ejercicios no son una ficción lograda gracias a un esfuerzo voluntarista y personal. **Lo único que se establece es una mejora de las condiciones de escucha de lo que siempre ocurre en mi interior.** ¿Sé distinguir las voces de Dios, desde lo interno, en su Palabra y desde los acontecimientos históricos? ¿Puedo diferenciar mi propia voz, la voz del mal, la voz de la insolidaridad en mi interior?

De allí la importancia del "silencio" como condición de posibilidad. No puedo quizás apartarme a un desierto físico, pero sí puedo provocar una tónica de desierto gracias al aislamiento que genera el silencio profundo interior. Por tanto, el silencio crea el paisaje interno de desierto y es, a la vez, condición necesaria de la escucha interior. ¿Cuánto me separo de mis cosas, de mis intereses, de la misma casa, para hacer los Ejercicios? ¿Cuánto emprendo un camino, un peregrinaje para encontrar, desprendiéndome de todo? ¿O aun el mismo sitio es muestra de mi poca disponibilidad a un cambio? ¿O confundo

el ir a Ejercicios con un poco de "turismo espiritual"?

El otro presupuesto teológico es que en la propia existencia hay momentos cruciales de cambio en la correlación de fuerzas espirituales. Esto es lo que se llama un momento de "conversión". A veces se dan en la misma vida, en los acontecimientos. Esto sería la conversión por excelencia, pero en el proceso del cristiano cada día hay que comenzar. Si la Iglesia debe estar renovándose continuamente, "semper reformanda", los miembros de ella con más razón. Entrar a Ejercicios es simplemente tomar en serio la necesidad de ponerse a la escucha de Dios y de los retos que El me lanza para el trabajo en la historia en beneficio de los desheredados de la tierra. ¿No será que no descubro retos importantes en la Historia? ¿No será que en verdad no me importa la suerte de los que sufren en el mundo, que no me dice nada "lo que Cristo Nuestro Señor padece en la **humanidad**"? (EE. 195).

Lastres a la eficacia de los Ejercicios

De ordinario hacemos Ejercicios cada año, porque así está mandado, o simplemente porque "toca". Esto nos hace entrar sin garra, sin vital interés de ser cambiados por Dios. Es muy frecuente que hagamos los Ejercicios a solas, donde no nos vemos retados por la alteridad de un acompañante que favorezca más la presentación del modo "distinto" de Dios. En nuestra vida domesticamos la imagen de Dios; quitándole por una parte mordiente para todo lo que es desafío y por otra, añadiéndole altas dosis de juicio y condena para todo lo que es poder levantarnos y comenzar de nuevo.

Hemos domesticado ya el Evangelio. Lo hemos leído tantas y tantas veces que es difícil que nos diga algo novedoso. Además lo leemos tal vez desde

la sofisticación en que nos vemos imbuidos y no con los grandes criterios de lectura que son la sencillez y la pobreza. Dios esconde su tesoro "a los sabios y entendidos" y lo revela a la gente sencilla (Mt 11, 25).

Otro típico lastre con el que entramos a los Ejercicios anuales es la falla en los propósitos del año anterior. Se identifica su fruto en una serie de proyectos por realizar y como éstos, la mayoría de los casos, son cosas que yo mismo me las he impuesto y que no brotaban del caudal por donde Dios me venía empujando, siempre quedan en el fracaso. Ante tanta derrota de año con año, se vive un cierto escepticismo frente a los Ejercicios.

El principal obstáculo: la falta de requisitos

Los lastres de que hemos hablado son sin embargo, elementos circunstanciales. Lo que verdaderamente impide sacar fruto de los Ejercicios es la falta de ciertos requisitos sin los cuales no se puede hacer nada.

El **primero** es entrar con "grande ánimo y liberalidad" (EE. 5), que en la práctica se debe traducir en la **disponibilidad** y el deseo de estar indiferente respecto a todo lo que no es Dios y su causa: la suerte de los empobrecidos y sufrientes de este mundo. Hacer el Principio y Fundamento, significa que cada año yo puedo poner en tela de juicio lo que estoy realizando, que debo ser indiferente a todo, que entienda que lo único que me debe atraer verdaderamente son los gustos de Dios tal y como El innumerables veces lo ha revelado (Is 58). Todo lo demás es medio. ¿Hago Ejercicios para discernir por dónde quiere el Señor que yo oriente mi vida? ¿Es el modo de vida, el tipo de trabajo, el proyecto personal y apostólico lo que se pone en cuestión y tela de juicio? No voy a Ejercicios a plantearme cada año mi

vocación, pero sí a analizar si Dios quiere que siga haciendo lo que estoy haciendo y de la manera que lo estoy realizando. Nada es evidente en sí mismo frente a los designios de Dios. Si admito que éstos no los conozco nunca a cabalidad, no tengo que dar por supuesto que sepa cuál es su voluntad sobre mi tarea y la manera de realizarla. Por lo menos ¿adopto una postura de indiferencia y disponibilidad para comenzar a ver las invitaciones de Dios, frente a las presiones del espíritu de este mundo afincado en mi ser empecatado?

El **segundo requisito** hace alusión a la **meditación del Reino**. Si no se quiere tomarla como una pieza de museo, lo que debo contemplar, por lo que debo dejarme impresionar, es por una tarea de envergadura, que pueda cotejarse con las mayores empresas de este mundo. Por tanto, **si no tenemos desafíos grandes como persona y como institución, difícilmente estamos en la tónica de la contemplación del Reino**. Me sentiré poco invitado. De allí que mientras como religiosos y como congregaciones trabajando en distintas partes del mundo, no encontremos "a dónde vamos y a qué", como dice Ignacio, estamos fuera de lugar. La falta de desafíos históricos por los cuales estar dispuestos a morir es directamente proporcional a la falta de interés para entrar en Ejercicios y a la falta de cambio al salir de ellos. En algún sentido obtengo de esa experiencia espiritual lo que he invertido en ella.

Un **tercer requisito** estaría en la **meditación de Banderas**. Esta meditación nos hace comprender la imposibilidad de una tercera posición respecto a Jesús que carga su Cruz. En esta meditación Ignacio nos brinda, por decirlo así, el modelo prototípico para discernir. Nos hace ver cómo tanto las mociones del buen espíritu, como las tretas del mal se edifican sobre ciertos espacios tangibles y reales: Jerusalén y Babilonia... Luego, cómo las mociones

se insinúan mientras las tretas se imponen. Nos delinea la manera de la escalada "ordinaria" hacia el bien o hacia el mal. Nos insta, finalmente, a demandar la gracia de "ser puestos" bajo la bandera de Cristo que implica necesariamente los riesgos de la cruz. Para Ignacio, como para los primeros cristianos, la cruz no tiene el carácter de mistificación que a veces le damos. En el Evangelio la cruz es castigo para los subversivos. Para Ignacio va a implicar ser tomados por locos, ser vituperados, ser juzgados por los poderes de este mundo; ser perseguidos, en fin...

Por tanto, la condición del discernimiento, el requisito, es estar en la dinámica del seguimiento de Jesús, en la radicalidad evangélica que implica incomprensión y persecución. **Pero esta incomprensión y persecución se desata sólo cuando se apoya la lucha de los pobres.** Ya Don Helder Camara decía que si daba de comer a los pobres lo felicitaban, pero si preguntaba por qué tenían hambre lo llamaban comunista. El tercer requisito para sacar fruto de los Ejercicios se traduce hoy, por tanto, en un estar apoyando, desde los diversos puestos de trabajo, la lucha de los empobrecidos de este mundo. Es, en terminología de las últimas Congregaciones Generales, desvivirse por el servicio de la fe y promoción por la justicia... **Quien no vive la fórmula del Instituto en su nueva relectura, difícilmente saca fruto de unos Ejercicios...**

Parte de este requisito es nuestra vida en austeridad y pobreza. Nuestro apoyo a la lucha de los empobrecidos se pone en cuestión si no damos un testimonio, al menos, de austeridad y anticonsumismo. "La obediencia nos envía, pero es la pobreza la que nos hace creíbles" decía la G.G.33. No estar en la dinámica de ser pobres y de aprecio a "la eficacia apostólica" de la misma pobreza, nos impide tener condiciones para estar bajo el estandarte de la Cruz.

Nos imposibilita sacar fruto de Ejercicios.

Ahora bien, todo esto no se hace a fuerza de voluntarismo y ascetismo. Esta opción por la pobreza como puente de credibilidad para estar en la lucha de los empobrecidos, sólo se adquiere en la medida en que tengamos contacto con el pueblo pobre de Dios en lucha. Esto es lo que nosotros llamamos "la moción histórica". Sólo en la medida en que tengamos contacto real y retante con los pobres, sufrientes y los marginados de este mundo, vamos a querer ponernos en la bandera de Jesús. **Estar bajo su estandarte se hace sólo por amor. Y se ama lo que se ve. Se quiere esos nombres que se nos graban en el corazón.** Sólo por la gente concreta somos capaces de sacrificar los deleites del consumismo, el bienestar y la seguridad.

Por eso el **cuarto requisito** es la vinculación, **lo más orgánica que se pueda, al mundo de los empobrecidos.** Esto nos coloca de lleno en el **mundo de la política.** No se puede ser cristiano impunemente. Lo cual no quiere decir que todos tengamos que estar trabajando directamente con ellos. Tampoco implica necesariamente la filiación partidista, que en muchos casos habría que discernirse muy detenidamente... Se habla de vinculación orgánica con su lucha, salvando todas las autonomías que deban guardarse. Que mi amor por el lugar donde más se revela el Señor, se traduzca en actos eficaces por cambiar el rostro adolorido del mundo. Para realizar esta empresa hay que "meterse en política", cada quien donde le toque. Pero eso sí, tenemos que estar afincados en ese mundo de los que cada vez son más desposeídos y de los países que son cada vez más despojados por la rapiña de las personas poderosas y de las naciones que detentan el poder y la riqueza. Esto es estar en camino de la Tercera Manera de Humildad, lo cual consiste en que **por principio escojo ubicarme donde más se revela el rostro de dolor de Cristo pobre,**

tener con El los máximos detalles de cariño, sufrir las consecuencias de correr su misma suerte. Es este último aspecto del "correr" la suerte de los desheredados de la tierra lo que nos coloca haciendo política desde los que "siempre han perdido". La apuesta del cristiano debe ser siempre por los que pierden en este mundo, por dura que parezca la frase.

Todo esto nos abre a la necesidad de un **quinto requisito**, que llamaríamos la "condición de posibilidad" de poder estar en la disposición de escuchar el Evangelio y de hacer Ejercicios espirituales. **Mientras no experimentemos los dolores y sufrimientos de los hermanos como matriz de una vivencia espiritual y/o fenómeno concomitante, no estamos en la disposición de ánimo para dejarnos moldear por el Espíritu de Jesús.** Volver a ese mundo para colaborar en cambiar su rostro de dolor, será la verificación del recto discernimiento y del mismo seguimiento de Jesús. Por ello, tal vez, deberíamos regresar a la experiencia fundante de la Compañía, como también de nuestra propia vocación en el noviciado: las pruebas y "experiencias". San Ignacio magistralmente postulaba la necesidad de la peregrinación, del mendigar de puerta en puerta, del servicio en hospitales. No veo por qué razón en nuestros sistemas de años sabáticos, en nuestros procesos de reciclaje o simplemente de formación permanente, no se privilegia y se invita, con más fuerza a realizar esas experiencias con los pobres que son las que de verdad revitalizan y tonifican el espíritu. Hacer unos Ejercicios después o como umbral de una experiencia de convivencia con la lucha de los empobrecidos, se hace por tanto indispensable. Debería ser por lo menos algo capaz de intercambiarse, suplirse o complementarse con los Ejercicios anuales. Si no, poco fruto seguiremos sacando del magistral método de hacernos cristianos que nos legara Ignacio. Ahora bien, este quinto requisito era la "condición de posibilidad". Esto

implica que con ello se comenzaría la exigencia de los cuatro restantes... El sólo convivir con los pobres puede no dejar nada. Esta experiencia debe ser algo originante, algo provocador de todo un proceso descrito ya en los párrafos precedentes.

La ineficiencia de los Ejercicios está en proporción directa, por tanto, del adulteramiento o mistificación del texto ignaciano y del Evangelio, unidos a la abolición o supresión de los requisitos y exigencias. Caminar por estas exigencias y sobre todo por ésa que nos parece "condición de posibilidad", es abrirse a que la gracia actúe en lo interno y profundo del ser, pero también desde las coordenadas de la historia de dolor creciente que nos ha tocado vivir y que nos demanda una respuesta.